

AZAR DE LECTURAS

Pedro Lastra



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

PQ8098.22A78

A6

2016

Lastra, Pedro

Azar de lecturas / Pedro Lastra. — Ciudad de México : Academia Mexicana de la Lengua, 2016.

236 páginas

ISBN: 978-607-97427-3-7

1. Ensayo literario – Siglo XX. I. t.

La edición de esta obra se hizo posible con el apoyo de



FUNDACIÓN PRO
ACADEMIA MEXICANA
DE LA LENGUA

Primera edición: 2016

D.R. © Pedro Lastra

D.R. © Academia Mexicana de la Lengua
Naranjo 32, Col. Florida
Del. Álvaro Obregón, Ciudad de México, 01030
info@academia.org.mx
www.academia.org.mx

ISBN: 978-607-97427-3-7

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Discurso de Pedro Lastra al recibir el II Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña

Lo primero que debo decir en esta oportunidad en la que se me honra con un extraordinario reconocimiento por parte de la Academia Mexicana de la Lengua, es la expresión de mi gratitud. No ha sido menor la sorpresa con que recibí en Chile la noticia de este galardón que exalta a un escritor hispanoamericano por su trayectoria ensayística, y al hacerlo en homenaje a una de las figuras más eminentes de las letras americanas del siglo XX, lo acerca a ella de un modo tan excepcional. Es ésta, pues, la primera causa para mí de una impresionante sorpresa: Pedro Henríquez Ureña fue y es para todos nosotros el Maestro de América —como a menudo se le ha llamado con plena justicia— por su personalidad intelectual y moral y por la obra ejemplar que nos legó, que sólo se puede parangonar en el continente con figuras fundadoras como la de Andrés Bello. Alfonso Reyes, su amigo y compañero entrañable, lo señaló así al evocarlo en el homenaje póstumo dispuesto por el gobierno mexicano, en mayo de 1946: “... el apostólico Pedro representa en nuestra época [...] aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo y en América bajo el de ese civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello”.

Testimonio tan concluyente y exacto, en palabras de otro humanista egregio, me exime de las que yo podría agregar. Sólo diré que desde mis primeras aproximaciones a sus obras sentí como natural esa relación.

Por haber conocido y tratado a muchos escritores de nuestra lengua desde mi juventud, y como lector y estudiante de lo hispanoamericano, creo saber cuál es mi sitio en ese vasto panorama que admiro y respeto, así como sé también —y esto lo digo sin asomo de falsa modestia— cuán lejos estoy del impar magisterio de don Pedro Henríquez Ureña. Me tranquiliza pensar que se ha querido ver en mi trabajo un rasgo discipular que justificaría este acercamiento, rasgo que debo señalar como fervor y pasión por lo nuestro aprendido precisamente en tempranas lecturas de los libros del Maestro, cuya sombra tutelar nos acompaña en este lugar y en un país que él siempre sintió como suyo y donde se le ha comprendido y estudiado más cabal y cumplidamente que en ninguna otra parte. A esas experiencias discipulares me referiré, pues, brevemente.

A comienzos de los años cincuenta iniciaba yo mis primeras tentativas de escritor, como poeta y como comentador de libros, cuando empecé a oír con frecuencia el nombre de Pedro Henríquez Ureña en las librerías santiaguinas. Los escritores mayores, a los cuales empezaba a frecuentar, se referían a él con respetuosa admiración y recomendaban a los jóvenes libros como *Las corrientes literarias en la América Hispánica* y una reciente reedición, ampliada, de *Ensayos en busca de nuestra expresión*, publicada a fines del 52 en Buenos Aires. Esa edición de los ensayos se iniciaba con la “Evocación...” de Alfonso Reyes que he mencionado y con el conmovedor homenaje y despedida de Ezequiel Martínez Estrada, también de mayo de 1946. Los nuevos editores de los *Ensayos...* incorporaron además textos tan significativos como “La utopía de América” “Patria de la justicia” y “la América espa-

ñola y su originalidad”, entre otros. Esa lectura fue un deslumbramiento, y si la rememoro aquí es porque aún hay testigos entre mis viejos compañeros que terminaron pronto compartiendo mi entusiasmo por esa revelación de un decir y de un llamado tan persuasivo como urgente, en pasajes como estos: “La unidad de la historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. [...] Ensanchemos el campo espiritual; demos el alfabeto a todos los hombres; [...] esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía”. En el ensayo siguiente se leía esta memorable afirmación: “El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual”.

Mis amigos y yo sentimos esas palabras como convocatoria e incitación que nos obligaban a la reflexión y nos indicaban un derrotero.

Las esperanzas de ese futuro avizorado por el Maestro no se han cumplido todavía; pero nada nos dice que no podrán ser realidad alguna vez.



“Algo, que ciertamente no se nombra / con la palabra azar, rige estas cosas...”, se lee en el “Poema de los dones” de Jorge Luis Borges. Puedo sentirlo así por lo ocurrido hace sesenta años y que culmina para mí con este inesperado acontecimiento de hoy. Lo narraré brevemente.

En septiembre de 1955 Enrique Espinoza, nombre de pluma del famoso editor Samuel Glusberg, que vivía en Santiago, se enteró de un próximo viaje mío a Buenos Aires. Me pidió entonces que le llevara algunos libros y revistas a don Ezequiel Martínez Es-

trada, encargo que recibí con suma complacencia por varias razones, pero principalmente porque yo veía a Samuel Glusberg como una figura casi legendaria: había sido corresponsal de Mariátegui, amigo entrañable y editor de Horacio Quiroga, y también de la primera publicación de los *Seis ensayos...*; era muy cercano y familiar con Ezequiel Martínez Estrada, y de todos ellos habíamos hablado alguna vez. Tuve, pues, la oportunidad de visitar a don Ezequiel varias veces en los días de la caída de Perón, en la ciudad prácticamente cerrada. Fue éste un azar venturoso, sobre el que no puedo extenderme más por ahora: sólo diré que la presencia de don Pedro Henríquez Ureña estuvo ahí, porque don Ezequiel había sido su compañero de tareas en el Colegio Nacional de La Plata, yo había leído su emocionante despedida del año 46 y el libro editado por primera vez por Samuel Glusberg en 1928 me había señalado lo que terminaría siendo mi vocación. Muy poco después, don Ricardo Latcham sería mi maestro de literatura hispanoamericana en la Universidad de Chile, con la perentoria indicación inicial de que el libro guía que usaríamos en su clase sería *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña.

Empezó entonces a incitarme cada vez más una suerte de breviarario de ideas y convicciones que me iba haciendo al andar de la lectura de sus libros. Señalaré algunas de las notaciones que orientaron mi vocación y me ayudaron a encontrar un camino. Por ejemplo, leer en su ensayo sobre Alfonso Reyes, de 1927, una observación como ésta: “Su preocupación fue no saber nada a medias”, o en el mismo elogio de las virtudes de su compañero y amigo, la celebración de su convivencia con espíritus abiertos a toda novedad, para quienes “todo camino merecía los honores de la prueba”. Desde luego, nunca pretendí acercarme ni siquiera de lejos al punto al que ellos arribaban en su excepcional e incansable trabajo, porque tuve al mismo tiempo una clara conciencia de mis limitaciones; pero sentí que esos principios dibujaban una vía de

ejemplaridad. No saber nada a medias... Y entonces mi adaptación personal fue ésta: “Llegaré a saber poco, pero trataré de saberlo bien...”.

La pasión por América y lo americano fueron, sin embargo, lo más decisivo que aprendí en esas lecturas, y lo que me movió a mayor admiración. En “El descontento y la promesa” dice, al referirse al estudio de Rodó sobre Montalvo, que “solo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano”. Fue evidentemente su caso, y constituye uno de los principios esenciales que motivaban su múltiple quehacer.

Idea semejante es la que formuló en una nota de *Las corrientes literarias* al referirse a la importancia de Bello como iniciador de nuestra independencia intelectual, declarada en la “Alocución a la poesía” en 1823: “El estudio más digno de un americano es la América, dijo un contemporáneo de Bello, nacido en Honduras, el apostólico José Cecilio del Valle (1780—1834), que redactó la declaración de la independencia política de la América Central (1821)”. Y no fue otro el programa de la vida de don Pedro Henríquez Ureña.

Debo agregar unas palabras acerca de las tareas editoriales a las que dedicó también muchos de sus días, porque me siento deudor de las notables realizaciones que llevó a cabo en la Editorial Losada, de Buenos Aires (su participación en la colección “Las cien obras maestras de la literatura universal”) y el proyecto de la Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica, que tanto han significado para muchas generaciones. Esas tareas, que por sí solas importan una contribución intelectual de extraordinarios alcances, han comprometido la gratitud de una vasta comunidad de lectores y estudiosos de ayer y de hoy. Se trata de trabajos generosos y de proyectos a los que les cuadra inmejorablemente el calificativo de asombrosos. Años después, y por cierto en una di-

mención muy menor, intentamos algo parecido en Chile. Nuestras publicaciones de la serie “Letras de América” de la Editorial Universitaria, entre 1966 y 1973, fueron inspiradas por esa formidable labor animada por la dedicación y la sabiduría de Pedro Henríquez Ureña. Insisto: nuestras limitaciones eran muchas, pero a partir del ejemplo que he mencionado intentamos hacer ediciones modestas y de fácil difusión, aunque sin renunciar al decoro y al cuidado editorial. Esa tarea, que me correspondió dirigir, la entendí siempre como un pequeño y modesto tributo al gran maestro del humanismo americano, en quien vio Ernesto Sábato, que fue su alumno en el Colegio Nacional de La Plata, al verdadero y gran integrador de los bienes de nuestra cultura.



Mucho más tendría que decir sobre lo que fue para mí la obra de don Pedro Henríquez Ureña, y sobre lo que yo pude a mi vez transmitir acerca de ella a mis amigos y estudiantes, algo en lo que continúo empeñado. Pero debo terminar aquí estas palabras testimoniales, cuyo fin principal es el de manifestar a la Academia Mexicana de la Lengua mi profundo agradecimiento por haberme hecho objeto de tan enaltecedora distinción. Cifro este reconocimiento en las personas de su Director don Jaime Labastida y de los jurados don Adolfo Castañón y don Roger Bartra, don José Luis Díaz Gómez y don Jesús Silva—Herzog Márquez, y extendiendo esta expresión de gratitud a la Academia Chilena en la persona de su Director don Alfredo Matus, y a la Academia Peruana representada por don Marco Martos y don Ricardo Silva—Santisteban, que me recomendaron ante ella; a los distinguidos académicos presentes y a todos Uds., que asisten a este acto, para mí inolvidable.

Dos notas sobre César Vallejo y la poesía chilena

La relación Gabriela Mistral—César Vallejo ha sido vista siempre como enigmática, extraña y acaso inexistente, lo que sorprende a muchos estudiosos actuales por la intensa visión de lo americano y de la mesticidad que revelan sus poemas, desde el comienzo de la obra de Vallejo y en la de Gabriela Mistral principalmente desde la publicación de *Tala*, en 1938, para muchos su libro fundamental. Investigaciones cada vez más frecuentes dedicadas a la poeta atienden sin embargo a esa relación, inadvertida o secreta pues no hay evidencias manifiestas que permitan insinuar o rechazar tales aproximaciones. Ha sido novedoso para mí que varios estudios dedicados últimamente al americanismo de Gabriela Mistral propongan tal cercanía, incluso a partir de títulos provenientes de poemas de Vallejo: estimo algunas de estas proposiciones como muy convincentes.

Quiero destacar en esta oportunidad un hecho singular: a la hora de puntualizar la dimensión americanista de la poesía mistraliana, dos de los autores cuyos textos se incluyen en la antología conmemorativa editada por la Real Academia Española han recurrido a expresiones vallejianas como indicios orientadores de sus análisis. Adelanto que son estudios valiosos, que no habrán de pasar a sinonimia: muy por el contrario, pienso que estimularán a

nuevas reflexiones en esa misma dirección. Así, el texto de Adriana Valdés acude a un epígrafe de *España, aparta de mí este cáliz*, pues titula sus excelentes páginas mistralianas con un giro de un verso vallejiano: “*Tala*: digo, es un decir”, y Mario Rodríguez Fernández las suyas con otra expresión semejante, para el asunto que desarrolla: “Así se dice en el Elqui, me excuso”.

La pasión americanista de ambos poetas no puede sino ser reconocida, como se debe, y aunque se haya entendido hasta aquí como una relación naturalmente dada de suyo en el despliegue de un proceso poético fundado en comunes percepciones de nuestra realidad, es enriquecedor que estos nuevos comentarios la acerquen y complementen, con notoria ganancia para una metodología del estudio literario y cultural. Un avance apreciable, al que quiero contribuir con algunas observaciones.

“Vallejo y la Mistral [...] nunca se vieron, se conocieron ni se leyeron, o acaso por eso mismo, se parecen, sin embargo, entre sí, o están a punto de parecerse como dos gotas de agua”.

Estas líneas se leen en un artículo de Alejandro Lora Risco publicado en 1982.¹ El autor fue un ensayista peruano de larga residencia en Chile, desde 1955, y entre sus trabajos importantes se encuentra *Hacia la voz del hombre* (1971), el primer volumen sobre Vallejo aparecido en nuestro país. Dos llamadas de atención suscitan los datos anotados: la primera, la relación Mistral/Vallejo comentada en el artículo de 1982, y el segundo la oportunidad del señalamiento en su libro de un aspecto central para la comprensión cabal de la obra vallejiana, que fue materia de meditaciones constantes de Lora Risco: *La existencia mestiza* fue asimismo título de otra de sus indagaciones ensayísticas.²

¹ *La Revista Católica*. Santiago, núm. 1056, p. 33.

² Aunque no abundaré en esta sustantiva cuestión, es necesario señalar que en 1991 apareció en Santiago (Editorial Universitaria) una notable investigación de

La primera llamada merece sin embargo algunas correcciones, porque ahora sabemos que Vallejo y la Mistral se vieron alguna vez y sin duda se leyeron. En un artículo publicado en *Mundial*, en marzo de 1927, Vallejo comenta una reunión del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, realizada en París, sobre la necesidad de difundir en Europa el trabajo intelectual y artístico de la América Latina. El artículo de Vallejo da cuenta de lo tratado en esa reunión y manifiesta su opinión discrepante con respecto a lo sugerido por Gabriela Mistral, quien propuso “gestionar la participación de un delegado español, el que podría ser el jefe del Comité que se encargue de dicha labor”. César Vallejo, críticamente, escribe:

Gabriela Mistral acaba de sostener, como quien no hace la cosa, que el pensamiento novomundial es todavía colonial. De acuerdo.

De acuerdo. Cuanto de intelectual se ha producido en América con posterioridad a la colonización española, inclusive la poesía de Gabriela Mistral, no ofrece más que un muy mediocre interés para Europa. Toda la producción hispanoamericana —salvo Rubén Darío, el cósmico—, se diferencia poco o casi nada de la producción exclusivamente española. [...]

La versión que hay que hacer es de las obras rigurosamente indo—americanas y precolombinas. Es allí donde los europeos podrán hallar algún interés intelectual, un interés, por cierto, mil veces más grande que el que puede ofrecer nuestro pensamiento hispano—americano. El folklor de América, en los aztecas como en los incas, posee inesperadas luces de revelación para la cultura europea.

Jorge Guzmán Ch. titulada *Contra el secreto profesional. Lectura mestiza de César Vallejo*. El autor realiza allí un ejemplar examen crítico de la poesía de Vallejo desde la perspectiva de “la mesticidad”, cuyos fundamentos y consecuencias expone cumplida y convincentemente en esta obra mayor.

No me detendré en los alcances de ese artículo vallejiano, pero es evidente que él indica que la obra de la Mistral no le era desconocida, aunque sin duda se trata sobre todo de *Desolación* (libro aparecido el mismo año de *Trilce*) y de otras poesías tempranas de nuestra autora, distantes de lo que lograría después en su indagación americana. Con esa misma actitud crítica y nada complaciente, Vallejo publicó dos meses después en *Variedades* su importante declaración “Contra el secreto profesional”, en uno de cuyos acápites se lee:

Acuso [...] a mi generación de continuar los mismos métodos de plagio y de retórica, de las pasadas generaciones, de las que ella reniega. No se trata aquí de una conminatoria a favor de nacionalismo, continentalismo ni de raza. Siempre he creído que estas etiquetas están fuera del arte, y que cuando se juzga a los escritores en nombre de ellas, se cae en grotescas confusiones y peores desaciertos. Aparte de que ese Jorge Luis Borges [...] ejercita un fervor bonaerense tan falso y epidérmico como lo es el latino—americanismo de Gabriela Mistral y el cosmopolitismo a la moda de todos los muchachos americanos de última hora.

Se me ocurre pensar que estas enérgicas críticas de Vallejo no fueron ignoradas por Gabriela Mistral: la revista *Variedades* no le habrá sido desconocida y acaso eso explique el hecho de que nunca mencionara a Vallejo en sus recados ni en sus cartas. Hasta hace poco no era posible encontrar nada que negara ese distanciamiento. Pero dos documentos existentes en el “Legado de Gabriela Mistral” que se custodia en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile hacen posible corregir esa idea.

Es el primero una carta de Jorge Falcón, editor de la revista peruana *Hora del Hombre*, enviada a Gabriela Mistral el 22 de febrero de 1944, a la dirección de la poeta en Petrópolis, Brasil. Le infor-

ma que se dispone a publicar en el próximo mes de abril un homenaje continental a José Carlos Mariátegui y César Vallejo y le solicita una colaboración —aunque fuese una breve opinión— para ese número. Le pide también una fotografía para ilustrar el texto esperado.

El plazo era extremadamente breve e ignoro si ella respondió en algún momento a esa solicitud de Jorge Falcón. Pero lo que sí se encuentra en su archivo documental es un álbum, fechado en Petrópolis ese mismo año 1944, en cuya primera página se lee este título manuscrito:

“POETAS FUTURISTAS. 1. (Los poemas)”.

Hay en ese álbum varios textos manuscritos por ella de diversos autores hispanoamericanos, entre ellos de Neruda; pero lo más novedoso para mí fue encontrar, entre las páginas 27 y 42 de ese álbum (lo escrito llega sólo hasta la última página mencionada) tres poemas de César Vallejo: “Redoble fúnebre a los escombros de Durango”, “La araña” (con una anotación que se lee al final “Antología iberoamericana”), y el poema xv de *España, aparta de mí este cáliz*.

Sorprendente y revelador hallazgo. Estos manuscritos suyos permiten imaginar que la Mistral escribió los poemas de Vallejo en ese álbum (sabemos que esa era una práctica suya para registrar textos que le interesaban) acaso con el propósito de responder al pedido de Jorge Falcón, o animada por esa carta de su correspondiente peruano. Ver que ambos documentos datan de 1944 anima esa imaginación. Ahora pienso: nunca mencionó a Vallejo y creíamos que no lo había conocido; pero el encuentro de esos manuscritos de tres poemas en aquellas veinticinco páginas de su álbum empieza a decirnos que tan insoslayable escritor no lo fue indiferente.

Otro aspecto que no debe dejarse al margen en relación con la presencia de César Vallejo en la poesía chilena es lo que podemos entender como un capítulo suspendido y muy necesitado de clari-

ficación a través de pruebas pertinentes, y que resumo por el momento en una reflexión acerca de lo que ha significado como influencia la conquista lograda por Vallejo al incorporar situaciones y elementos del lenguaje conversacional o coloquial en la poesía de lengua española. Tal vez nadie fue tan lejos como él en esa dirección, con semejante audacia y felicidad expresiva. A mí me parece que esa conquista fue una motivación central en el trabajo poético llevado a cabo por Nicanor Parra en su llamada antipoesía: creo que es posible probar que la asunción de lo conversacional, de los elementos del quehacer cotidiano, la novedad de las alianzas verbales que remiten a esos ámbitos en la poesía vallejjiana, dejaron desde temprano su huella en la antipoesía y son una de sus vertientes más fecundas, aunque no se hayan registrado sobre esto referencias probatorias en la bibliografía dedicada a la influyente figura de Parra. Se ha señalado su vinculación con la poesía inglesa, particularmente con la de los imaginistas (y no sólo de Eliot y Auden), pero creo que habría que considerar con más cuidado, y con elementos adecuados de análisis comparativo, esa relación evidentemente productiva.

No disminuye el valor de una obra la puntualización de éste ni de otro orden de relaciones generadoras, pues ya se han superado los tiempos de los pruritos de originalismo como valor supremo: la literatura, como todas las artes, vive de esos traspasos y cercanías. Las pretensiones de originalidad absoluta no son sólo desorientadoras: son injustas con el pasado que nos nutre.

Al considerar así la presencia de Vallejo en Chile abogo por una reflexión y comprobación de hechos literarios presididos por la serenidad, no por estentóreas negaciones, a veces algo brutales, como diría Borges: Pablo de Rokha, en una entrevista publicada en enero de 1968 rechazó la escritura de Parra declarando que él no la veía sino como “un pingajo del zapato de Vallejo”. Tal dicho no es una descripción ni una valoración literaria: es un exabrupto. Lo que

debemos pedir es un acercamiento a la ejemplaridad de la obra vallejiana y apreciar su efecto, no menos ejemplar, en indiscutibles aportes poéticos como los de Nicanor Parra.

Finalmente, unas pocas palabras de insistencia sobre lo mucho que le dijo Vallejo a mi generación. Me he referido en otro lugar a Alberto Rubio en notas algo fugaces, para invitar a lecturas más detenidas de este poeta. Debo agregar ahora a Enrique Lihn quien, al celebrar en 1969 la publicación de la edición facsimilar de la poesía de Vallejo concluyó su nota con esta decidida afirmación: “... en los mismos días en que se perdía [la guerra de España] entró en la fase de la resurrección permanente de su verbo, quizá el más vivo de la poesía moderna de lengua española”. Parecida o igual convicción es la de los escritores que me acompañaron en la estimulante aventura editorial que fue la antología consultada de César Vallejo, *Una lectura desde Chile*, que me correspondió coordinar hace cinco años y en la que participaron Jorge Edwards, Jorge Guzmán, Óscar Hahn, Diego Maquieira, Gonzalo Rojas y Rafael Rubio.

Índice

Discurso de Pedro Lastra al recibir el II Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña	7
Elogio de Pedro Lastra, II Premio de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, por Jaime Labastida	13

AZAR DE LECTURAS

Espacios de Alvar Núñez: las transformaciones de una escritura	21
Los <i>Memorables</i> de Juan Rodríguez Freyle	41
Sobre la gramática de la libertad	57
Gabriela Mistral revisitada	65
Dos notas sobre César Vallejo y la poesía chilena	75
Borges, Gibbon y El Korán	83
Alejo Carpentier, la música de Bach y el cine de Griffith	89
La <i>Antología general</i> de Pablo Neruda	95
José María Arguedas: testimonio e imagen	101
Presencia de Grecia en la poesía hispanoamericana	115
La tragedia como fundamento estructural de <i>La hojarasca</i>	121

Apunte sobre Nathaniel Hawthorne	139
Carlos Fuentes dramaturgo: <i>Todos los gatos son pardos</i>	143
Aproximaciones a la poesía hispanoamericana: 1950-1980	155
Invitación a los lares de Jorge Teillier	169
Presencia de Rilke en un poema de Alexandre	173
Las conversaciones de Juan Ramón Jiménez con Ricardo Gullón	183
Imágenes de Rafael Alberti	189
Luis Cernuda, Sevilla e Hispanoamérica: una aproximación	197
Poesía y exilio	203
Escribir un libro	223
Índice de nombres	229